FABIÁN KON

EMBOSCADA

Historias que desafían los límites de la mente humana

BÄRENHAUS

FABIÁN
KON

EMBOSCADA

Historias que desafían los límites de la mente humana

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BIBLIOTECA ELEGIDA

Colección dirigida por
Marcelo di Marco

BÄRENHAUS

ÍNDICE

La bendición.....11
Señora mediana edad busca empleo.....19
Tres días de paz.....29
Dejalo en mis manos.....37
El abrazo.....45
Emboscada.....51
Mi amigo don Alfredo.....67
Un sabor delicioso.....73
Carita de luna.....83
Jugar a estudiar.....95
Un día importante.....109
Cadena de favores.....121
Luminosidad.....131
Eterna abstinencia.....143

BARENHAUS
EDITORIAL

Agradezco a mi familia, la cálida fuerza
que anidó y que hizo crecer estos cuentos.
A la editorial Bärenhaus por
ayudarme a que esta segunda edición
de "Emboscada" se haga pública.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

LA BENDICIÓN

La blanca luz la encandilaba. ¿De dónde vendría? Sí, sí: del techo, amenazante. Seguramente los spots del estudio se reflejaban en las tensas gotas de sudor que lograban atravesarle la barrera cosmética. Carla empuñaba un pañuelo, lo retorcía entre sus manos húmedas, y la espera se le hacía eterna.

—Ya estamos —dijo una voz desde la oscuridad—. Un minuto, y salimos.

Vio que una mujer coloreaba las mejillas de la conductora del programa.

—Tres, dos, uno… ¡Aire!

—Buenas noches. Bienvenidos a Arte Show, el programa de arte más visto de la televisión argentina. Acá estamos con Carla Rampanti, ganadora del premio Museo de Arte Moderno 2006. Buenas noches, Carla. ¿Cómo estás?

—Buenas noches, gracias por la invitación al programa.

—Fue una sorpresa muy grande que alguien tan joven ganara este premio. Las esculturas en tubos de estaño y cobre que expusiste son soberbias.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Muchas gracias —contestó Carla, ahora con una respiración más natural.

—Sé que trabajás en una conocida galería de arte, ¿no es así?

—Sí, es verdad, hace cinco años que vendo arte.

—¿A qué edad te iniciaste en el arte?

—A los seis años. Comencé a pintar con algunos maestros de barrio. En la adolescencia trabajé con excelentes artistas tanto en pintura como en escultura. Ahí, según creo, se definió mi estilo.

—¿Y cómo es Carla Rampanti en su vida personal?

—Bueno, soy casada y madre de dos hermosas nenas. —Carla sonrió—. Reparto el día entre mi familia, el trabajo en la galería y mi tiempo para crear.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Se escapó apenas terminó el reportaje. Respiró con alivio el aire de la calle y caminó hasta su auto. Durante el viaje de regreso a casa se preguntó con fastidio hasta cuándo debería contestar las mismas obvias preguntas, repetidas una y otra vez. Aceleró. Quería zafar de la popularidad, esta nueva y forzada compañera de ruta.

Suspiró al atravesar la zona de casas bajas y jardines de Bella Vista, su refugio. Llamó a Martín para que abriera el portón. Ya las nenas estaban esperándola, y ella las abrazó no bien se bajó del auto.

Esa noche, como todas las otras, la familia compartió la cena hasta que las chicas fueron a acostarse.

—¿Venís, Carla? —dijo Martín después del cigarrillo.

—En un rato, amor.

Ya sola, ella cumplió el rito heredado de su madre: bendecir a las nenas al pie de la cama de cada una.

Y también bendijo a Martín, en silencio: se había dormido.

Desnuda, entró en la cama. Mirando el techo, se dijo que realmente estaba en su plenitud. Atendía su casa y a los suyos, y además había logrado un lugar privilegiado en el ambiente de la pintura.

Es cuestión de organización, pensó. Y de talento.

Al día siguiente preparó a las niñas para el colegio y despidió a Martín.

Ni siquiera terminó de ordenar la cocina. Sonrió al entrar en el atelier: ese era su reino, su área personal y privada, inexpugnable para el resto de la familia.

Recordó que muchos años antes, cuando había visitado la casa de Bella Vista por primera vez, preguntó por la construcción que se veía desde el ventanal del comedor. "Es un antiguo taller", le contestaron. "Lo pueden demoler si desean ampliar el jardín". Había atravesado el terreno esquivando charcos y matorrales, para entrar por primera vez en el viejo edificio de paredes de ladrillo. Abrió el portón, y los haces de luz mostraron el contenido: una cadena de irregulares montañas coronadas por nubes de polvo. Al adaptarse a la penumbra, vio que se trataba de un conjunto de oscuras cajas y tambores abandonados. Y Carla vio algo más. Algo trascendente para su futuro.

Meses después, con la ayuda de un arquitecto, transformó aquel espacio en un ambiente amplio y bien iluminado. Paredes altas, techo abovedado de

BÄRENHAUS EDITORIAL

chapa. Y la calidez del antiguo piso hueco de tirantes de madera. La pinotea original.

Entrada la noche, Carla cocinó pansottis, que tanto les gustaban a Martín y a las nenas.

Pero él llegó tarde.

—Gente de afuera —explicó mientras cenaba algo ligero.

—¿Nuevos clientes?

—Yanquis.

Carla lo esperó en el dormitorio. Trató sin éxito de que él le contara más. Ya en la cama, lo abrazó.

—Me depilé toda, completa —le susurró al oído, entrelazando sus dedos con el cabello de la nuca de él—. Para vos.

—Estoy muerto —obtuvo por toda respuesta—. Hasta mañana.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Las demoras, los hastamañana, se repitieron. Cada una de esas tardes, Carla extrañó los gritos de Martín y de las chicas jugando antes de cenar. No despegaba su vista del reloj de la cocina: él se retrasaba en el trabajo, y cuando llegaba con esa asquerosa mueca de inocencia, las nenas ya estaban acostadas.

Carla lo percibió desde el inicio. La sospecha se le fue convirtiendo en obsesión. Dejó de comer, sentía náuseas cuando escuchaba sus explicaciones: infantiles y evidentes excusas. Lo notaba en su expresión, en sus gestos, en su forma de acercarse. ¿Acercarse por compromiso, por obligación? Qué importaba: era otro hombre.

Carla tardó poco en asegurarse. Una tarde lo siguió a la salida del trabajo. A través del vidrio polarizado del auto los vio: caminaban abrazados, sonriendo, con esa patética expresión de inocentes noviecitos.

Cuando se alejaron, instintivamente puso primera. Condujo por inercia. La ciudad se le volvió desconocida, borrosa. Dio vueltas sin rumbo fijo, secándose la cara con las mangas de la blusa.

Faltando poco para llegar a su casa, estacionó en una esquina cualquiera y bajó la ventanilla. Necesitó aspirar de una bocanada todo el aire de la fría noche, quería sofocar su ahogo.

No le diría a Martín que lo sabía: simularía, representaría su papel.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Hasta que un día Martín no volvió. Tampoco había ido al trabajo.

Simplemente desapareció.

Faltaba algo de ropa de su armario, y también faltaban su pasaporte y una maleta de viaje.

Los padres, hermanos y amigos la ayudaron, se movilizaron con ella tratando de localizarlo. Radicaron la denuncia sin que se hallara evidencia de su paradero. El detective de la causa la visitó:

—¿Notó algo raro últimamente en la conducta de su esposo?

—Revisando las cuentas encontré esto —dijo Carla, y entregó un resumen de gastos de la tarjeta de crédito.

—Veo que acá marcó una compra. ¿Un pasaje en micro?

—Sí, a Iguazú. Llamé a la Chevallier, y me confirmaron que fue comprado cinco días antes de que Martín desapareciera.

—Bien, me voy a llevar este papel —el detective miró de nuevo el comprobante y levantó la cabeza con expresión seria—. Iguazú, ajá, es algo bastante común —dijo—. Es una típica manera de salir del país sin dejar constancia. Cruzan en taxi a Paraguay o Brasil, sin pasar por Migraciones. Siempre se puede untar a algún funcionario. ¿Su marido tiene deudas o anda en nuevos negocios?

—Creo que no —dijo Carla, y se enjugó una lágrima.

—Bueno —el detective guardó el comprobante en su saco—. Tengo una pregunta más —hizo una pausa—. ¿Sabía que su esposo tenía una amante?

Ella no contestó. Sólo alcanzó a cubrirse la cara.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Pronto la investigación entró en una tiniebla exasperante. El desasosiego creció entre los conocidos de Martín.

Carla se refugiaba en su casa, solamente acompañada por sus dos hijas.

Prescindió del personal doméstico. Rechazó las ofertas de ayuda de familiares y amigos. Ni siquiera aceptaba visitas, y cuando alguien iba a verla se mostraba callada. Sus gestos le indicaban al allegado el deseo de que se fuera de una vez.

Durante esos días, entró al atelier frecuentemente. Pero, aunque lo intentó, no pudo pintar: cuando enfrentaba el lienzo, pincel en mano, se le nublaba la vista y respiraba con un jadeo. Hasta que sólo

atinaba a escaparse hacia el jardín, tropezándose con todo.

Sus hijas seguían la rutina habitual, acompañadas única y obsesivamente por ella misma. Cuando volvían a casa, Carla las atendía hasta la hora de acostarse.

Empezaban a olvidarse de Martín.

Una de esas tardes, mientras tomaba la merienda, su hija mayor le pidió ayuda para realizar una tarea de su clase de artes plásticas:

—Tengo que hacer un retrato de la familia, mamá. ¿Me lo dibujás? Dibujalo a papi también.

—Sí claro, voy a dibujar a todos. A tu hermanita también. ¿Lo extrañás a papi?

—Sí... ¿Va a volver?

—Sí, amor, va a volver.

Carla bosquejó la imagen: los cuatro integrantes. La mejoró con trazos nítidos hasta que sólo faltaba darle color. La nena la pintó, con la mente en su mundo de juegos, hasta terminar el retrato de su familia completa, tal como su madre lo había concebido.

Esa noche, fiel a sus costumbres, Carla bendijo a sus hijas dormidas y fue al *atelier*. En un arrebato, tomó un lienzo enmarcado, lo colocó en el pie, y sin una idea definida pintó. Sentía que sus movimientos eran instintivos, su mano volaba entre la tela y la paleta.

Una composición de flores y hojas de colores pastel se insinuaba en el cuadro.

Y creó.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Volvía a sentirse plena.

Entonces, hizo una pausa en el trabajo.

Caminó unos pocos pasos y, en silencio, bendijo a Martín, quien yacía en su ataúd de metal, debajo del piso de tirantes de madera.

BÄRENHAUS
EDITORIAL

SEÑORA MEDIANA EDAD BUSCA EMPLEO

Busqué el espejito en la cartera. Y volví a controlar: peinado apropiado, cepillado y fijado naturalmente con spray. Maquillaje vistoso…, aunque nunca debe ser provocativo: los hombres suelen confundirse. Y, sobre todo, los supervisores de Recursos Humanos.

Como sea, la primera impresión es fundamental.

Sentada con las piernas bien juntas y la espalda erguida, volví a pispear el reloj de la recepción: habían pasado apenas tres minutos. Sequé la humedad de mis manos en la falda: la clásica inquietud que antecede a las entrevistas de trabajo.

—Señora Cristina Márquez —dijo un señor desde la puerta de una de las oficinas—. Pase por aquí, por favor. Tome asiento, enseguida estoy con usted.

Me ubiqué en la silla frente al escritorio. A esperar, una vez más. Traté de recordar con cuántas búsquedas laborales había perdido el tiempo desde que me despidieron de la empresa de transporte.

Mandar currículos, pensé, ir a entrevistas… ¿Para qué? Es como un juego, de esos que no entretienen y tampoco entregan premios.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Cristina —dijo el señor entrando en el despacho—, mi nombre es Roberto Servini. Soy el Jefe de Selección, mucho gusto.

La aburrida conversación incluyó el interrogatorio tan reiterado: que cuál era mi experiencia, que por qué me desvinculé de empleos anteriores. En fin, recurrí a respuestas ya ensayadas. Pero, a diferencia de otras veces, este señor se mostraba interesado, como si intentara convencerme de que aceptase.

—Se trata de un salón de belleza —aclaró—, cosmética y tratamientos corporales ubicado en pleno centro, cerca del subte. La tarea es sencilla, quédese tranquila. Tiene que atender el teléfono y dar turnos para las profesionales del instituto.

Y el tal Servini mencionó un sueldo muy bueno. Logró sorprenderme: en general, a personas sin formación o de mediana edad —gente a la que, como a mí, no se le da cabida en este sistema— se le ofrecen migajas.

BARENHAUS EDITORIAL

Si no empezaba con algo, me seguía atrasando con el alquiler. Jamás había pedido dinero prestado. Ni lo haría. Pero lo que ofrecía el instituto era mucho más que *algo*.

—¿Podría comenzar el lunes que viene? —preguntó Servini.

Caminaba por la calle, con largas zancadas. Por momentos trotaba, esquivaba a la gente. Se me escapaba alguna sonrisa, habrán pensado que estaba loca. ¡Había conseguido trabajo, y bien pasados los cuarenta! Sí, se lo tenía que contar a mi hijo. Desde

que enviudé, Marianito, mi nene, mi única familia, se preocupaba tanto por mí… Lo llamaría apenas llegara a casa.

El lunes, en el horario indicado, toqué el timbre en el segundo piso. Alguien me observó a través de la mirilla.

Cuando la puerta se abrió, un joven desaliñado, con un arito argolla en la nariz, me sonrió descaradamente. Llevaba el pecho atravesado por cadenas doradas.

—Soy Cristina Márquez —dije—. Vengo… por el trabajo de telefonista.

Extendí el brazo para estrechar su mano, pero el confianzudo me dio un beso. Y dijo:

—Cristina, soy Leo, el supervisor. Te estaba esperando. Pasá, sentate que te cuento.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Me desagradó que me tuteara ese tal Leo. Un muchacho con un trato demasiado informal. Desde la muerte de mi marido, me relacioné solamente con hombres serios y de buena familia. Cada vez que salía de noche con mis amigas, los mocosos de pelo largo merodeaban a mi alrededor. Me penetraban con los ojos y sonreían como idiotas. Impertinentes que buscaban abordarme. Pero yo conocía muy bien sus intenciones: ni les contestaba.

—Oíme bien, querida —dijo Leo, y prendió un cigarrillo—: acá trabajan aproximadamente quince chicas, con diferentes horarios. Los hombres llaman todo el día, y hay que darles turno con la chica que pidan. Si no piden con alguien en especial, los anotás con la

que esté disponible. Tenemos servicios de media hora, y una hora. Después te paso los precios.

Siguió con su perorata sobre el trato que debía darle a la clientela, y caminamos por un pasillo. Mi intuición me aconsejaba huir de ese antro.

—Te presento a Rosana —dijo Leo, y la rubia platinada apenas levantó la cabeza para mirarme—. Tu compañera. Ella te va a enseñar a usar la centralita.

Los llamados entraban sin cesar, y en los momentos libres Rosana me mostraba cómo funcionaban la consola y las planillas de turnos. De paso, yo escuchaba el verso que les recitaba a los clientes:

—Son gabinetes privados, señor —repetía en cada llamado—. El precio incluye un servicio completo de masaje. Si usted quiere algo más que masajes, lo arregla con la señorita dentro del gabinete. Las chicas van a hacer todo lo que usted quiere, señor.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Decime algo más, Rosana —dije, y al hablar me sentía una estúpida—: ¿esto es un prostíbulo, no?

—Esto es una casa de masajes, boluda. Una de las tantas que hay por acá, por el centro.

Un prostíbulo. Confirmado. No soy una caída del catre, pero nunca me había vinculado con ese tipo de aberraciones.

¿Cómo le explicaría a mi hijo? Le mentiría, le diría que había conseguido trabajo en un instituto de belleza. O de estética, o algo así. La verdad no podía ni mencionarla. Si se enteraba mi nuera… ¡Y sus padres, esos estirados que se las daban de moralistas!

Mejor ni pensar.

Esa misma noche comí con Marianito y la familia de su esposa. Fingiendo entusiasmo, contesté a las preguntas sobre el "centro de estética integral". Les comenté acerca de la excelente impresión que me habían causado los nutricionistas, cirujanos plásticos y cosmetólogos.

—Todos encantadores y muy serios —dije.

No di demasiadas precisiones sobre la ubicación del instituto. Por las dudas.

Las mañanas de la casa de masajes se prestaban para el café y la conversación con mi compañera: los clientes preferían los horarios de la tarde.

Un día, alrededor de las once, una de las chicas vino hasta la oficina del conmutador. Ni la miré: la idea del contacto de ese cuerpo con tantos degenerados me repugnaba. Desde que mi marido falleció, fui muy selectiva para aceptar la invitación de algún hombre.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Hola, mami —me sorprendió, saludándome con un beso—. ¿Y esa carucha? ¿No te gusta el trabajo?

Seguramente yo estaba púrpura de vergüenza. Karina —al menos se presentó con ese nombre de batalla—, vestía una bata que dejaba adivinar su mínima ropa interior.

—Hola —contesté—, ¿cómo estás?

—Bien, sin clientes por un rato. Y el supervisor no llegó. Vení, vamos a preparar un café.

La acompañé hasta la cocina. Al rato llegó Jacqueline, una tipa corpulenta y pelirroja. Andaba por el "instituto" cubierta con una sencilla remera que ponía en relieve la artificial turgencia de sus senos.

Karina y Jacqueline parloteaban sin parar: de sus hijos, de lo caro que estaba el supermercado y del aumento de las expensas. Una charla de madres en la puerta de un colegio.

Cuando llegó el cliente de Jacqueline, Karina me contó de su propia vida, del asco por los tipos, del placer de sacarles plata como cobrándose cuentas pendientes. Varios días después la comprendí mejor: relató su historia de niña hundida en la precariedad, empiojándose en una pieza con tres hermanos. Y la madre vendiéndose día y noche. Pensé que no, que Karina nunca podría cobrarse del todo.

Con los días —cuestión de pura supervivencia— me las fui arreglando para aguantar ese ambiente de mujeres de la vida y señores de todas las edades a los que por suerte no veía ni me veían. Y ahí trabajaba yo, la digna viuda del pundonoroso doctor Márquez, metida en una cueva de prostitutas. Hacía cuatro años frecuentaba con mi marido los cócteles del Colegio de Abogados, y ahora…

Las vueltas de la vida, pensé. Muy doctor había sido el finado, pero me dejó con la pensión mínima.

Ese día el teléfono no paraba: un infierno.

Leo estaba más nervioso que de costumbre. Se oía el timbre, insistente. ¿Por qué nadie abría?

Golpes en la puerta. Corridas por los pasillos. Gritos.

—¡Vení! —me gritó Karina, agitada y a medio vestir—. Vení conmigo, apurate.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Nos encerramos en el armario de los toallones. La falta de aire y el dolor en el pecho me marearon. Me abalancé contra la puerta y caí de rodillas en el pasillo, jadeante y con la vista clavada en el piso.

—¡Vos te me venís para acá! —me gritó el policía.

Me arrastraron a un camión policial. Ni siquiera sabía a dónde íbamos, esposada y rodeada de señoritas a medio vestir y tipos que lloriqueaban por celular. Seguramente le rogaban ayuda a algún abogado o amigo, manga de pusilánimes.

Volví a pensar en Marianito, mi nuera y esos estirados. No podía recurrir a ellos.

BÄRENHAUS EDITORIAL

En la comisaría nos sentaron en bancos sin respaldo, a los costados de la sala de espera. Tres policías recolectaron documentos de identidad, y con una ruidosa y antigua máquina de escribir los volcaron en actas.

Estudié la escena: dos uniformados custodiaban la puerta. Imposible escaparse. ¿Cómo explicar que yo era una simple telefonista, que no había cometido falta alguna? Suplicaría, si fuera necesario.

A mi lado, un agente con mejillas rosadas de bebé vigilaba.

Es muy jovencito, pensé. Podría ser mi hijo, parece amable.

—Buen día, agente —le dije levantándome—. Mi nombre es Cristina Márquez, y me trajeron acá, pero… soy sólo una telefonista, no tengo nada que ver.

—Usted se sienta y se calla.

Lloré, aunque sabía que no debía perder el control. Nadie me ayudaría, dependía sólo de mí misma. Al mirar al jovencito, noté que también me observaba él a mí.

El agente entró en una oficina, y volvió a salir rápidamente.

—Pase por acá —ordenó señalando la puerta del despacho—. Vamos a hablar con el sargento.

Me concentré en respirar profunda y pausadamente, como vi una vez en YouTube. La oficina no tenía ventanas. Sólo dos largas mesas desbordadas de aparatos de radio y cables. Los percheros colapsaban de cascos, impermeables y chalecos verdes fosforescentes. En un rincón vi un armario con armas. No era lugar para atenderla a una.

BÄRENHAUS EDITORIAL

—Usted se me sienta acá —me dijo el agente señalando una de las sillas de plástico, y dirigiéndose al sargento acotó—: Mi sargento, esta dice que es la telefonista. Dice que no tiene nada que ver.

—Agente, no sea boludo —dijo el sargento mientras se me acercaba—: todas dicen lo mismo. Todas quieren zafar. A ver, che: ¿cuál es tu nombre?

—Cristina.

—Sabés, Cristina, que estás más que buena. —Se detuvo a mis espaldas, me acarició el pelo, bajó la mano hasta el cuello—. ¿Cómo te metiste en esta mierda? Esta gente es de lo peor.

Me tocó los pechos, al principio por encima de la camisa, y traté de apartarle el brazo.

—Shhh, quietita —dijo poniéndose frente a mí—. Tranquila. Portate bien.

El cerdo se agachó para hablarme muy cerca de mi boca.

—Si te querés ir enseguida a casita, tenés que portarte bien.

—Sí —contesté—, déjenme ir. Por favor. Tengo una familia, mi hijo no sabe que trabajo…

—… no me cuentes una historia triste —dijo el Sargento—. A ver si me hacés llorar. ¿Te querés ir enseguida?

Lentamente me desabrochó la camisa. Lo agarré de la muñeca, pero siguió: ya acariciaba mis senos.

—Si te portás bien —dijo—, te vas en cinco minutos. No te vamos a poner en el acta. —Su inmunda mano recorrió mi cara, humedeciéndose con mis lágrimas. Las yemas de sus dedos presionaron mis labios. Volvió a esconder la mano debajo de mi camisa—. Te prometo que ya te vas, Cristinita. En un rato estás afuera, y nadie va a saber que estuviste acá. ¿Te vas a portar bien?

—Sargento —dije entre lágrimas—, me quiero ir a casa.

Despacio, con todo el tiempo del mundo, comenzó a bajarse el cierre de la bragueta.

—Trabe la puerta, agente —dijo—, que esta puta se queda con nosotros.

Cuando me soltaron, media hora después —medio siglo después—, subí al primer taxi que apareció.

Necesitaba alejarme del infierno. Pretendía olvidar ese día inmundo, borrarlo, desprenderme de él como lo haría con la ropa que llevaba puesta. Todo me asqueaba.

BÄRENHAUS EDITORIAL

Inmóvil, ya sin lágrimas, veía desde el taxi el discurrir del paisaje urbano.

Qué alivio, quise pensar. Por lo menos, nadie sabrá lo que pasó.

Era cierto: lo que más me importaba, mi imagen frente a Marianito y su familia, estaba a salvo.

A la mañana siguiente, mi cabeza explotaba. Gracias a los somníferos, me desperté tarde. Con el camisón arrugado, en chinelas y los pelos de punta, ordenaba la cocina. Y sonó mi celular. Para mi sorpresa, era Leo.

—Te estamos esperando, Cristina. ¿Qué te pasó?

—¿Cómo, Leo? No te entiendo: ayer vino la Policía, nos metieron presos a todos y cerraron el Instituto.

Él se rio.

—No pasa nada, querida. Ya arreglamos con la cana. Venite que hoy pagamos un extra, y en efectivo. ¿Llegás tipo...?

—En una hora —dije sin pensarlo—. En una hora estoy.

BÄRENHAUS EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL

BÄRENHAUS
EDITORIAL